
El horror de Jedwabne*

Adam Michnik

La publicación del libro del profesor Jan Gross *Los vecinos* ha hecho que se plantee la pregunta de si los polacos asesinaron a los judíos juntamente con los alemanes. Es la tesis más falsa y absurda que se puede inventar. El nazismo hitleriano y el comunismo soviético causaron heridas a todas las familias polacas. Esos dos totalitarismos exterminaron a tres millones de polacos y a otros tres millones de ciudadanos polacos clasificados por los nazis como judíos. Polonia fue el primer país que respondió al chantaje nazi con un rotundo “No”, el primero que se opuso con las armas a la agresión hitleriana. El pueblo polaco jamás dio políticos como Quisling.¹ Ni una sola unidad militar polaca combatió junto a las tropas del Tercer Reich. Los polacos, agredidos por los totalitarismos que concertaron el pacto del Mólotov-Ribbentrop, combatieron desde el primero hasta el último día de la segunda guerra mundial en los ejércitos de los aliados. En la Polonia ocupada se organizó un amplio movimiento de resistencia, surgió una fuerte conspiración armada y se realizaron innumerables actos de sabotaje contra los hitlerianos. Fue entonces cuando el primer ministro del Reino Unido rindió homenaje a los polacos por su participación en la batalla de Inglaterra, y el presidente de Estados Unidos dijo que los polacos eran la inspiración del mundo. Esa admiración no les impidió, sin embargo, firmar con Stalin el acuerdo de Yalta que convirtió a Polonia en una nueva víctima. Se permitió que Polonia cayese en las garras de Stalin. Los héroes del movimiento de resistencia fueron encerrados en el gulag soviético y

* Este texto llegó por e-mail sin referencia ni crédito de traducción.

¹ Vidkun Quisling, 1887-1945, político noruego, jefe del gobierno creado en Noruega en 1940 por los alemanes, murió ejecutado. N. del T.

en las cárceles del comunismo polaco, acusados de ser enemigos del comunismo estaliniano. Todas esas circunstancias hicieron que se conformase una imagen singular de la historia del país: Polonia era percibida como una víctima inocente y noble de la violencia de sus enemigos, de la intriga extranjera.

Después de la segunda guerra mundial, cuando en los países libres llegó el momento de reflexionar sobre aquellas experiencias que fueron el nazismo y el holocausto, en Polonia se impuso el terror estaliniano que, durante muchos años, bloqueó de manera eficaz el debate sobre el pasado, sobre el exterminio y el antisemitismo. Mientras tanto, las tradiciones antisemitas tenían en Polonia profundas raíces. En el siglo XIX, cuando no existía el estado polaco, la nación polaca moderna se conformó sobre la base de los vínculos étnicos y religiosos, hostil, frente a los sueños polacos sobre la independencia. El antisemitismo —como en todos los países de la región habitados por los judíos— servía de aglutinante a la ideología nacionalista. Lo alimentaba también la administración rusa, de acuerdo con la máxima divide e impera. En el periodo de entreguerras, el antisemitismo ya era un componente duradero y natural de la ideología de la derecha radical nacionalista. Fuertes acentos antisemitas se podían encontrar también en los pronunciamientos de los dignatarios de la iglesia católica polaca. Polonia, atrapada entre la Alemania de Hitler y la Rusia de Stalin, no sabía construir relaciones correctas con las minorías nacionales, incluida la comunidad judía. Aunque en los años treinta Polonia, en comparación con los vecinos totalitarios, aún era un asilo relativamente apacible, los judíos ya se sentían discriminados y realmente lo eran, por culpa de la creciente algarabía de los grupos de choque antisemitas formados por estudiantes universitarios, como consecuencia del aislamiento al que estaban condenados en las aulas de las escuelas superiores y por culpa de los llamamientos que se repetían con creciente frecuencia a la organización de pogromos. Pero en los tiempos de la ocupación hitleriana la derecha polaca nacionalista y antisemita, a diferencia de lo que ocurrió en la mayoría de los países europeos, no siguió la senda de la colaboración con los nazis, sino que participó activamente en la resistencia antihitleriana. Los antisemitas polacos combatieron contra Hitler y algunos de ellos participaron incluso en las acciones de salvamento de judíos, a pesar de que arriesgaban así sus vidas. Esta es una específica paradoja polaca: en la Polonia ocupada se podía ser al mismo tiempo

antisemita, miembro heroico de la resistencia antihitleriana y participante en las acciones de salvamento de los judíos.

Hace unos años Jan Blonski, uno de los intelectuales polacos más brillantes, publicó en el semanario *Tygodnik Powszechny*² un ensayo sobre ese tema. Recordó un llamamiento de la organización católica Frente de Renacimiento de Polonia, que provocó un gran revuelo cuando fue publicado en agosto de 1942. El texto del llamamiento lo escribió Zofia Kossak-Szczucka, una novelista muy conocida. En el documento podemos leer:

En el gueto de Varsovia, al otro lado del muro que lo aísla del mundo, varios cientos de miles de condenados esperan la muerte. Para ellos no hay esperanza de salvación, no les llega ayuda de ninguna parte.

El número total de judíos muertos rebasa ya el millón y esa cifra aumenta cada día. El mundo observa ese terrible crimen, peor que todo lo que vieron hasta ahora los ojos del hombre, y guarda silencio. Los judíos que mueren se encuentran rodeados de Pilatos que se lavan las manos. No se puede tolerar más ese silencio, porque independientemente de sus motivos, es un silencio mezquino. Por eso nosotros, los polacos católicos, alzamos nuestra voz. Nuestros sentimientos hacia los judíos no han cambiado. No hemos dejado de considerarlos enemigos políticos, económicos e ideológicos de Polonia. Más aun, somos conscientes de que ellos nos odian más a nosotros que a los alemanes, pero esos sentimientos de ellos no nos eximen del deber de condenar el crimen.

Este extraordinario llamamiento, impregnado de nobleza y valentía y, al mismo tiempo, contaminado claramente por el antisemitismo, ilustra muy bien cuán paradójica era la actitud de los polacos frente a los judíos que morían. De acuerdo con la tradición antisemita se veía en los judíos a los enemigos, pero al mismo tiempo, de acuerdo con la tradición del heroísmo polaco, se exhortaba a acudir en su ayuda. La misma Kossak-Szczucka, ya después de la guerra, comentó aquella paradoja en la carta enviada a una amiga:

En otra ocasión, en el Puente de Kierbedz,³ un alemán vio cómo cierto polaco daba una limosna al niño de un judío hambriento. Agarró al polaco y le dijo que si no tiraba al niño al río, él los mataría a tiros a los dos.

—No podrás ayudarlo —se burlaba del polaco—, mientras que yo, de todos modos, lo mataré. Él no tiene derecho a estar aquí. Tú puedes salvar la vida y marcharte si lo ahogas, o morir a tiros. Contaré hasta tres. Atención. Uno..., dos...

² Publicación de la corriente tolerante, aperturista y dialogante del catolicismo polaco. N. del T.

³ Puente de Varsovia que cruza el río Vístula. N. del T.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

